



## CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.



**A**L polvo y al cansancio que Don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia Don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia.—Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Príncipes, solicitado de doncellas, al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes.—Desa manera, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced

aquel refran que dicen: Muera Marta, y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mesmo; antes pienso hacer como el zapatero que tira el cuero con los dientes, hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como, cuando despierte, se halla algo mas aliviado. Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díjole:—Si tú, ó Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.—Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced, que esto de azotarse un hombre á sangre fria, es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos.—Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada.—Fuéles respondido que sí con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apéaronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á

su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogieronse á su estancia: preguntó Sancho al huésped que qué tenia para darles de cenar. A lo que el huésped respondió que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta.—No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía.—Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados.—Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna.—¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero, fuera de pollas, pida vuesa merced lo que quisiere.—Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.—En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.—Medrados estamos con eso, respondió Sancho: yo pondré, que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.—Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues hèle dicho, que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas.—Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurremientos.—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca: están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme.—Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas.—Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería.—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora del cenar, re-



cogióse á su estancia Don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote:—por vida de vuesa merced, señor Don Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de Don Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quijote, cuando se puso en pié, y con oído alerta escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal Don Gerónimo referido respondió:—¿Para qué quiere vuesa merced, señor Don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?—Con todo eso, dijo el Don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este mas me desplace es, que pinta á Don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso<sup>1</sup>. Oyendo lo cual Don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:—Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede haber olvido: su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mesmo Don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo:—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó Don Quijote, y sin responder

<sup>1</sup> Pinta en efecto Avellaneda (de quien habla aquí Cervantes) á Don Quijote desenamorado de Dulcinea en el cap. IV, VI, VIII, XII y XIII. Concluyó Don Quijote su plática con Sancho (dice el referido Avellaneda: cap. III) con decir, queria partir á Zaragoza á las Justas, y que pensaba olvidar á la ingrata infanta Dulcinea del Toboso, y buscar otra dama.

palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió, diciendo:—En esto poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leído en el prólogo: la otra, que el lenguaje es aragones, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra y se desvia de la verdad en lo mas principal de la historia, porque aquí dice que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la historia. A esto dijo Sancho:—Donosa cosa de historiador por cierto, bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari Gutierrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre.—Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo Don Gerónimo, sin duda habeis de ser Sancho Panza el escudero del señor Don Quijote.—Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello.—Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.—Dios se lo perdone, dijo Sancho, dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote que siempre fué comedido, condescendió con su demanda y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quijote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida, ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor Don Quijote. A lo que él respondió:—Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada: y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de San-

cho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quijote los estraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo:—Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querria, que ya que me llaman comilon, como vuestas mercedes dicen, no me llamase tambien borracho.—Si llama, dijo Don Gerónimo, pero no me acuerdo en que manera, aunque sé que son mal sonantes las razones y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho que está presente.—Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote desta historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho.—Yo así lo creo, dijo Don Juan, y si fuera posible, se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro, que ninguno fuese osado á retratarle sino Apéles.—Retrátame el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia, cuando la cargan de injurias.—Ninguna, dijo Don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quijote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leído, pues de las cosas obceñas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto mas los ojos<sup>1</sup>.—Preguntáronle, que á dónde llevaba determinado su viaje.

<sup>1</sup> Clemencin dice, que la tacha de obscenidad es justísima, y ciertamente no se comprende cómo pudieron salir de la pluma de un religioso los cuentos, diálogos, cuadros y expresiones lúbricas, é indecentes que contiene el libro de Avellaneda, y que por esta razon se suprimieron en la última impresion. La edición de 1732, no espurgada aún, puede consultarse en las páginas 27, 109, 125, 163, 167 y otras.

—Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.—Dijole Don Juan, que aquella nueva historia contaba, como Don Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.—Por el mesmo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza, y así sacaré á la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice.—Hará muy bien, dijo Don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuestas mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.—Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá será bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, y no los que describia su autor Aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.



## CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

**E**RA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero, cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió pues que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornocales, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: —Si nudo Gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: Tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los